

Álcese *Byrón* de su numen fiero  
En las alas flamíferas, y escoga  
A su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío á tanto no se arroja,  
Y me conduce por la usada huella  
Que en dulce resplandor bañó *Rioja*.

¿Tan escasa de luz brilló la estrella  
De las clásicas musas? Si el auxilio  
Invocaba *Boscán* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?  
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena  
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio*?

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena  
A que el humano esfuerzo no resiste  
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,  
Sólo en las musas le hallarás acaso:  
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:  
Las que en *el lamentar de dos pastores*  
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso*.

Y ya que el golpe irreparable llores,  
Corra al son de la cítara tu llanto;  
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto  
Alivie tu mortal melancolía  
En la antigua amistad y en el encanto  
De la consoladora poesía.

Tulio de 1842.

## ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!.. Sudando llego,  
Por la empinada montaña  
Resbalando,  
A este valle que en sosiego  
Tu corriente, ¡oh Pusa!, baña  
Susurrando.

Déjame un rato olvidar  
En tus orillas mis penas,  
Y el sediento  
Labio en tus ondas mojar,  
Y en tus húmedas arenas  
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado  
Monte al Tajo, en raudo giro  
Se derrumba,  
Tan humilde que, sentado,  
Desde aquí su cuna miro  
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano  
Tu breve curso no iguale;  
Corre ledó;  
Y que nunca el cortesano  
En la carta te señale  
Con el dedo.

¡Feliz quien encuentra un llano  
Donde los cerros evite  
De la vida,  
Y allí, del mundo lejano,  
Tu breve carrera imite  
Y escondida!

Ese Tajo caudaloso  
En cuyo profundo seno  
Vas á morir,  
Ya con puente ponderoso  
Su terso raudal sereno  
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa  
 Su rápido curso estorba;  
 Ya desciende  
 Ruin batel que se empavesa,  
 Y su cristal con la corva  
 Quilla hiende.

Su destino es envidiar,  
 O de tu curso suave  
 La paz suma,  
 O el alto poder del mar  
 Que puede tragar la nave  
 Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!.. Si insolente  
 Por esos tendidos llanos  
 Te lanzaras,  
 En tu cristal inocente  
 ¡Cuántos siervos y tiranos  
 Retrataras!

De aquel trance malhadado  
 De las armas españolas  
 Fué testigo  
 Guadalete ensangrentado,  
 Y abrió tumba entre sus olas  
 A Rodrigo.

*Berecina* el lauro honroso  
 Que cuatro lustros tejieron  
 Hondo tragó,  
 Y el poder de aquel coloso,  
 Que los hombres no vencieron,  
 Allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,  
 Tu dichoso apartamiento  
 Le procura  
 Contra el ardor del estío  
 Al peregrino sediento  
 Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña  
 Desde ese monte desciende,  
 Y al rebaño  
 Que á tus márgenes se apiña,  
 Y al can que el redil defiende  
 Fresco baña.

Y hoy á mi cuerpo cansado,  
 Contra el sol que ardiente pica,  
 Blando solaz.  
 ¡Pusa, adiós!.. Corre ignorado,  
 Y los quintos (1) de Malpica  
 Fecunda en paz.

Malpica, 1833.

(1) Llámense allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

## LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía  
 Sino acentos de amor!.. Caber no puede  
 Donde impera tu imagen adorada,  
 Sino amor, sólo amor... Cuanto solía  
 Mi pecho conmover... ya todo cede.  
     A la ardiente mirada  
     De tus luceros bellos.  
 Mal mi grado á sus mágicos destellos  
 Mi turbulenta vida está sujeta.  
 Como al influjo de fatal cometa  
 Cede el bajel al ímpetu rugiente  
     Del huracán sañudo,  
 Y al puerto amigo arrebatarese siente,  
 O va á estrellarse en el peñasco rudo:  
 Así en la fiebre do anhelando gira  
     Esta alma delirante,  
     Tus ojos son, Amira,  
 Los que entre el puerto y el peñasco errante,  
 Sin elección, perdido el albedrío,  
 La oscilación del huracán le imprimen,  
     Y en ciego desvarío  
 Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.  
 Y este vaivén continuo, esta perpetua  
 Conmoción es la vida. — ¡Cuántas horas,  
     Mudo, yerto, insensible  
 Como la piedra en que sentado estaba,  
     En seguir las sonoras  
 Ondas de la corriente que pasaba  
     Inerte consumía!  
     ¡Cuántas la vista atenta  
 Iba siguiendo estúpida la lenta  
 Sombra que en derredor del tronco huía!  
 Campo de soledad, yo te buscaba  
     Porque el mundo decía  
 Que la felicidad en ti habitaba,  
 Y en aquel corazón que la invocaba  
 Su misterioso bálsamo vertía.  
     Mi corazón de fuego

En ti no la encontró: floresta umbría,  
 Silenciosa montaña, campo triste,  
 Yo la paz de la vida te pedía,  
 Tú la paz de la tumba me ofreciste.  
 Felicidad, ¿dó estás? — Este vacío  
 Que al dilatarse el corazón no llena,  
 Ven, ocúpalo tú. — Si ronco suena  
 El guerrero clarín, y á la matanza  
 El hombre vuela contra el hombre, dime:  
 ¿Bastaráme empuñar la férrea lanza  
 Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,  
 Al son triunfal de los preñados bronce,  
 En sangre bañe la mortal palestra,  
 Misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces? —  
     En el tropel del mundo  
 Yo también te busqué. Torvo guerrero,  
 Sobre carro veloz, de lauro ornado,  
     Agitando el acero,  
 En lágrimas y sangre salpicado,  
 Raudo al cruzar la turba peregrina,  
 «¡Felicidad, felicidad!» clamaba;  
     Y en tanto: «Aquí domina,»  
 Otro desde la tumba me gritaba.  
 ¿En la vida? ¿en la muerte?  
 ¿Dónde estás para mí? — ¡Silencio mudo!  
     ¡Y las horas corrían!..  
     ¡Y los años volaban!..  
 Las hojas de los árboles caían..  
 Las hojas de los árboles brotaban. —  
 ¡Una mujer! Con su flotante velo  
     Tocó al pasar mi frente:  
 Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,  
 Mis entrañas temblaron de repente:  
 Los brazos tiendo á la fantasma bella,  
     Mas al asirla, alzada  
 Vi un ara ante mis pies, y detrás de ella  
     Mi visión adorada;  
 Y un misterioso acento que decía:  
     «¡Profanación.., delito!»  
 Y en su abatida frente se leía  
     Un juramento escrito.  
 Mi planta no, mas de mi pecho ciego  
 Llegó un lamento á penetrar su oído,  
 Y en sus trémulos labios tocó el fuego  
     De mi ardiente gemido.  
 Abrió sus ojos por la vez primera  
 Dejándome con sola una mirada  
     En devorante hoguera  
     Toda el alma abrasada.

¡Ah! ¿Qué me importa? Agitación sublime,  
 ¡Yo te adoro! ¡Tú eres  
 Alma de mi existencia! – Oprime, oprime  
 Un corazón á quien la calma espanta:  
 Inunda, inunda mi mejilla en lloro:  
 Clamar me oirás entre congoja tanta:  
 Agitación sublime, ¡yo te adoro!

1832.

## Á DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTANDO Á UNA CARTA SUYA EN TERCETOS, EN QUE ME PEDIA HORA PARA  
 HABLARME

«Si en la frente del hombre se leyeran  
 Escritos los afanes de su pecho,  
 ¡Cuántos que envidia dan, lástima dieran!»

Esto en algún momento de despecho  
 Dijo el buen *Metastasio* en italiano:  
 Ponerlo en español es lo que he hecho.

Y con ese terceto que te hilvano  
 Tus dos primeros contestados dejo;  
 ¿Me entiendes, Amador? – Vamos al grano. –

No pienses, caro amigo, que me quejo  
 Del importuno enjambre pretendiente  
 Que en pos me sigue, impávido cortejo:

No me quejo de ver que se presente  
 Uno á quien nunca vi, ni me hace falta,  
 Y me diga: «¡Aquí estoy!.. Soy tu pariente.»

No me quejo del sandio que me asalta  
 Porque le gusta la *casaca roja*  
 Y quiere que le dé la *Cruz de Malta*.

Ni del chinche á quien verme se le antoja  
 Cuando voy á afeitarme ó á vestirme,  
 Y si no le recibo se me enoja.

Ni de los que me aguardan á pie firme  
 En el portal de casa, en la escalera,  
 Sin poder de sus garras desasirme.

Ni de la viuda cócora y parlera  
 Que me repite siempre el estribillo  
 De que le den seis pagas tan siquiera. –

«Vamos, sáqueme usted un socorrillo.  
Usted lo puede hacer en un momento;  
Usted tiene á la Reina en el bolsillo (1).»

No me quejo, Amador, no me lamento  
De esa turba procaz; que al encumbrarme  
Ya esperaba sufrir este tormento.

De quienes debo con razón quejarme  
Es de amigos cual tú; sí, de ti sólo  
Que pides hora y sitio para hablarme.

¡Y vive San Francisco Caracciolo,  
Que á no venir tu ruego impertinente  
En el idioma del celeste Apolo,

Circunstancia que ha sido suficiente  
A desarmar mi enojo, la respuesta  
Fuera una interjección poco decente!

Mas no quiero reñir: pase por esta.  
Sabes mi casa: á ver si yo consigo,  
Entre tanta visita y tan molesta,  
Recibir una vez á un tierno amigo.

Junio de 1847.

(1) Era yo secretario particular de la Reina.



## AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL

¿Dónde la gloria vive del que un día,  
En Accio vencedor, desde las cumbres  
Del enriscado Cáucaso á las playas  
Del mar de Luso dilató su imperio?  
¿Dónde? - Ese imperio destrozó en un punto  
Bárbara hueste que lanzó cual rauda  
Torrente el Septentrión: circos y templos,  
Termas, palacios, todo, el habla misma  
Despareció; mas al común estrago,  
Sobre siglos sin fin, los inmortales  
Cantos de *Horacio* y de *Marón* divinos  
Sobreviviendo van, y allí la gloria  
Del protector de las romanas letras.  
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre  
De turbulentos próceres la dura  
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,  
Del purpurado Richelieu? Juguete  
Del viento popular, voló en pedazos.  
Mas contra el murmurar de la indignada  
Posteridad, el opresor valido  
Salva su gloria en la que alzó, y aún vive  
Con renombre inmortal, docta *Academia*.  
Tú, más que á los históricos ejemplos  
Y ardiente sed de fama, á los impulsos  
Del corazón magnánimo que abrigas,  
Obedeciendo fiel, en tus floridos  
Años, asunto con tus hechos prestas,  
Oh noble conde, á la española Musa.  
Ella, en tanto que al pie del soberano  
Solio te vió, dispensador de honores,